

La muerte sin máscara



ILUSTRACIÓN: ARTURO RUELAS

Con mirada extranjera, el autor se muestra fascinado por el fenómeno de la muerte en nuestro país. El tema, dice, abunda en la cultura mexicana, con un sentido desmitificador, a diferencia del resto de Occidente. **TEXTO: MANUEL PEREIRA**

La muerte es una constante en México. Esa fascinación escatológica era ya precortesiana y se ve actualmente en la fiesta del Día de Muertos, con sus múltiples resonancias en las costumbres mortuorias, en la artesanía y hasta en la gastronomía.

Otras culturas muy antiguas también tuvieron una profunda relación con la muerte. Bastaría mencionar el *Libro de los Muertos* egipcio, y el *Bardo Thödol* del Tibet.

En la Europa de los siglos XIV y XV se pusieron de moda las "danzas macabras" entre los pintores, los escultores y los grabadores. El *memento mori* fue otro género que hizo fortuna en las artes plásticas europeas del Renacimiento. La muerte reaparece en las máscaras de Ensor, en los fantasmas de Munch y hasta en el cine de Ingmar Bergman, con *El séptimo sello* (1956).

Pero en ninguna de estas expresiones fúnebres triunfa el sentido del humor, como ocurre en México. Por un lado, son solemnes, no humorísticas. Son aristocratizantes, o hieráticas, nunca populares. La gran contribución de México, lo típicamente mexicano, consiste en desmitificar a la muerte a través del sentido del humor.

La fascinación mexicana por la muerte se nota, sobre todo, en las esqueletadas y las Catrinas del grabador Guadalupe Posada. Se ve también en ese pueblo lleno de fantasmas que es la Comala de Juan Rulfo. Se advierte incluso en las películas, tanto en las viejas –como *El esqueleto de la señora Morales*, de 1959, con Arturo de Córdova y guión de Luis Alcoriza– como en las más recientes: *Los tres entierros de Melquiádes Estrada*, cuyo guión es de Guillermo Arriaga.

Literatura y culto

En la poesía mexicana abunda el tema escatológico. Basten dos títulos imprescindibles: *Muerte sin fin*, el mejor poema de José Gorostiza, y *Nostalgia de la muerte*, de Xavier Villaurrutia. Carlos Pellicer escribió: “el pueblo mexicano tiene dos obsesiones: el gusto por la muerte y el amor a las flores”. Sin duda el poeta pensaba en las “guerras floridas” y en los sacrificios humanos que tenían lugar después de aquellos combates cuyo objetivo era precisamente obtener prisioneros de guerra para arrancarles los corazones, que eran las flores palpitantes ofrendadas a los dioses. De ahí la denominación de “guerra florida”, pues la sangre humana era el líquido precioso para la deidad solar, que los colibríes divinizados bajaban a libar.

Por suerte hoy las flores son cempasúchiles, cuyo intenso olor sirve para orientar a las almas de los difuntos. Y las calacas se volvieron panes de muerto y calaveritas de azúcar. Los mexicanos se comen a la muerte simbólicamente en una nueva forma de teofagia, en la cual ya no es el Dios quien se los come a ellos, sino ellos quienes se comen al Dios, en una curiosa variante de la Eucaristía.

En México el luto no es tan predominante como en otras regiones del Occidente Cristiano. Aquí el color negro ha sido suplantado por el alegre colorido de los altares populares del Día de Muertos. Esos estallidos cromáticos revelan una relación desenfadada con la muerte, al igual que la músicaailable en ciertos entierros

y los dolientes comiendo en los panteones, entre las tumbas.

Más recientemente, en los años sesenta del siglo pasado, se afianzó en México el culto a la Santa Muerte y a sus imágenes, aunque la iglesia católica ha condenado su devoción. Algunos afirman que esa veneración es prehispánica, pues se remonta a Mictecancutli y Mictecacihuatl, el dios y la diosa de la muerte, y el Mictlan “la región de los muertos”, en la religión azteca.

En cualquier caso, la impresionante estatua de la Coatlicue –diosa madre de los aztecas– que está en el Museo de Antropología lleva en el pecho unas manos (obviamente cortadas), y una calavera. También porta un collar de corazones arrancados a las víctimas de los sacrificios, y luce una falda de serpientes. En el Templo Mayor de México-Tenochtitlan puede verse un *tzompantli* –o altar de cráneos de piedra– sobre el que se colocaban estacas con las calaveras de los sacrificados.

Curiosamente, quiso el azar que los aztecas tuvieran su “día de muerte” y los españoles su “día de los fieles difuntos”. Todo este cúmulo de circunstancias propició un mestizaje mitológico que ha desembocado en el imaginario colectivo del México actual.

La literatura mexicana, y la que trata sobre México, está poblada de fantasmas. La novela *Bajo el volcán*, (1947) del inglés Malcolm Lowry, tiene lugar en Cuernavaca y su acción se desarrolla durante el Día de Muertos. En *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, reaparece el tema de la parca. La profusión de cadáveres de fusilados que

yacen en el libro *Cartucho*, de Nellie Campobello, constituyen otro homenaje a la muerte, esta vez en el contexto de la Revolución Mexicana y con la gracia añadida de que todo está narrado desde el punto de vista de una niña. Dice ella en su prólogo: “Mis fusilados... mis hombres muertos. Mis juguetes de la infancia”.

Arte forense

Es otra vez la muerte tratada con ese desenfado tan mexicano, que es la misma correspondencia que encontramos a finales del siglo pasado entre los artistas plásticos del “Grupo Semefo” (Servicio Médico Forense), quienes en sus instalaciones y performances trabajaban con imágenes de cadáveres en la morgue, con grasa humana o con fetos de animales. Todo un arte tanatológico, largamente arraigado en el *humus* de la mexicanidad.

Ayer sonó mi teléfono. Era un vendedor de una funeraria. Me ofrecía, a plazos, un ataúd. Le dije que no tenía pensado morirme todavía. El tipo insistió: “hay que pensar en todo”... “¿sabía que el cadáver empieza a supurar líquidos 24 horas después de la muerte?”... “en México la ley obliga a comprarse un féretro...”.

Al final colgué, apenas incapaz de reprimir una carcajada. No creo que exista otro país en el mundo en el que te vendan un sarcófago por teléfono. •

MANUEL PEREIRA

La Habana, Cuba, 1948. Escritor y periodista. Es autor de la novela *Insolación*, publicada por Diana.